

¡Felicidad!... Tan sólo te he mirado
(¡oh, clara noche azul de mi pasado!...
¡hora nupcial de amor y despedida!...)

rodar como una lágrima de aquellas
pupilas, que dejaron en mi vida
un fugitivo resplandor de estrellas!

LAS MUJERES DEL GENERALIFE

ZORAIDA

De codos en el blanco balaustre
del ajimez, Zoraida, como extática
en un sueño, contempla la lunática
blancura evanescente del paisaje.

¿Qué sombra se dibuja entre el ramaje?
¿Será que acude á la furtiva plática,
como todas las noches, la selvática
juventud de su altivo abencerraje?...

Un etíope de facciones fieras,
 alza el tapiz y grita á la cuitada:
 —¡Aquí tienes, Zoraida, lo que esperas!—

Y, presa por las greñas, muestra una
 cabeza varonil recién segada,
 desangrándose, pálida, á la Lunal

ROMIA

Así al Emir le dijo la cristiana
 cautiva: —Tu esplendor no me fascina,
 que al fausto de tu corte granadina
 prefiero yo mi tierra castellana!

Más que el cetro real de la sultana
 me agrada el huso de silvestre encina,
 donde hilo—en tanto que la alondra trina—
 de mis rebaños la sedosa lanal

El Emir se inclinó: deshizo el giro
de la cadena que á sus pies se anilla,
y en un arranque de cariño bravo

le dijo, con la voz como un suspiro:
—Ya estás libre, mujer... Torna á Castilla...
¡Mas, llévame contigo, como esclavo!

DSCHEJANA

Jamás de un ajimez vió suspendida
la escala del amor, ni su ligero
pie sin sandalias recorrió el sendero
donde sus velos el pudor olvida!

Calladamente, sin mostrar su herida,
en la paz de un florido limonero,
con la mirada fija en un lucero,
como un perfume se extinguió su vida.

A su forma mortal dieron reposo
envuelta en una cándida mortaja,
junto á un ciprés, bajo marmórea losa.

Y dicen que de noche, silencioso,
el Ángel Azrael del cielo baja
para besar la tierra de su fosal

MORAIMA

Las gacelas, los cisnes, las palomas,
no tuvieron pupilas tan suaves;
ni el ritmo de tu voz tienen las aves,
ni los nardos de Oriente tus aromas!

Del Paraíso las celestes pomas
no destilan la miel á que tú sabes,
¡oh, maravilla de ademanes graves,
que tigres riges y leones domas!

Florece de imposible cuanto besas;
cuanto tocan tus manos, palidece;
y cuando nuestros sueños atraviesas,

huye el dolor, el porvenir se aclara,
y todo canta, aroma y resplandece,
como si el Ángel del Amor pasara!

LINDARAXA

Antes de ir á luchar contra el cristiano,
en su pupila tu pupila triste,
y tu mano temblando entre su mano,
amor, eterno amor, le prometiste!

Llorando siempre le esperaste en vano...
Pasar las horas y las lunas viste
sin que á tus brazos regresase ufano
el noble Emir á quien la vida distel...

Sujeto por las sedas del rendaje
 su caballo—sin él—te traje un paje...
 Y desde aquella noche, en tu retiro,

como una casta y pálida azucena,
 engarzando suspiro con suspiro,
 tu alma de mártir se murió de penal

LEILA

—¡Leila—dijo el Emir—eres mi presal
 Y sin prestar oído á su amargura,
 estrechando en sus brazos la cintura,
 el blanco seno le besó con esa

voracidad senil, que cuando besa
 á la par que besar, morder procura...
 Y Leila, lacrimosa, vió en la albura
 de su seno sangrar como una fresal...

El Emir se alejó... Y ella, un instante,
oculto entre las manos el semblante,
sollozó su ignominia... Alzóse... Y luego

hundió un puñal sobre su seno, para
que su sangre de púrpura borrara
el baldón de aquel ósculo de fuego!

ZULIMA

En el silencio de tus camarines,
jamás, Zulima, de tu lecho alejas
al imberbe Zegrí, cuyas guedejas
perfumas de heliotropos y jazmines.

Para sus labios son como festines
de miel, los besos que en su boca dejas,
más dulces que el panal que las abejas
liban en la quietud de tus jardines!

En los misterios del amor le inicias,
y hay algo maternal en tus caricias...
Y el rubio y perfumado pajecillo,

cuando en tus velos de ilusión lo encubres,
es—en tu seno—como un cervatillo
bebiendo amor de las maternas ubres!

HAFSA

Hafsa, la de pupilas de gacela,
trenzas de sombra y palidez de armiño,
como una madre que velase á un niño,
del noble Abu-Dchafer el sueño vela.

Sueña el poeta, y en su faz revela
la profunda emoción de su cariño:
—¡Hafsa—murmura—, si tu talle ciño,
al Paraíso mi esperanza vuelal...

—¡Qué más hurí que tú!...—Un ceño fosco
espía entre las ramas del kiosko...
Hafsa al poeta con pasión se abraza...

Silba un venablo entre el ramaje espeso...
¡y los dos cuerpos que el amor enlaza,
sangrando mueren en un largo besol

FÁTIMA

Fátima, ¿qué pasión oculta hiere
tu corazón con invisible dardo?...
¡Mas triste palidez no angustia al nardo
que en los olvidos del jardín se muerel

Tu anhelo gime sin que nada espere:
—¡Bendito el fuego en cuyas llamas ardo!...
Tu voz es débil, y tu paso es tardo,
¡que ni tu planta sostenerte quierel...

Como en un pebetero, en tus pesares
tu vida entera exhala su perfume...
¡Y hasta las perlas que ornan tus collares,

una tras otra, su color perdiendo,
sobre tu seno que el amor consume,
lentamente, de amor, se van muriendo!

ZAHARA

El alba baña en oro la arboleda;
y á los reflejos de su lumbre clara
fulgen las desnudeces de Zahara
estrangulada en su alhamí de seda.

Aún en sus ropas el perfume queda
del óleo con que amante macerara
las morbideces de sus carnes, para
la dulce lid en que el amor se enreda.

Las esclavas se mesan el cabello,
y el Emir, de rodillas, besuquea
los muertos labios y el marmóreo cuello...

Sólo un negro sonríe silencioso
tras un tapiz, y al sonreír blanquea
su dentadura de chacal celoso!

PANORAMAS DE ENCANTO

LA ORACIÓN DE LOS CIPRESES

¡Oh cipreses!... ¿Qué místicos anhelos
elevan vuestras copas á la altura,
como ansiando fundir vuestra verdura
con el azul lejano de los cielos?...

¿Qué dolor os nutrió, qué desconsuelos
—viejos guardianes de la sepultura—,
que vuestras ramas tienen la amargura
de ensueños rotos y truncados vuelos?...

Os agitan no sé qué escalofríos
de recónditos crímenes nocturnos.
La eternidad en vuestras ramas zumba...

¡Cuando muera, plantad, amigos míos,
unos de esos cipreses taciturnos
sobre el mármóreo olvido de mi tumba!

PANORAMA NOCTURNO

Desde tus encantados miradores,
se ve, bajo la Luna, el panorama
de la ciudad romántica que ama
los mármoles, las fuentes y las flores.

¡Cármenes para hacer nidos de amores;
huertos en flor, donde de cada rama
un perfume de ensueño se derrama
y se alza un surtidor de ruiseñores!

La noche azul; el aire transparente...
alcázares de luz entre el follaje...
La Alhambra á un lado, el Albaicín al frente,

¡y allá, en el fondo, el platear del río
que atraviesa el silencio del paisaje
con un fosforescente escalofrío!

NOSTALGIAS DE AZUL

¡Azul, azul, tan claro y tan sereno!...
¿Qué bondad fulge en tu celeste raso,
que hasta el Angel del Mal detiene el paso,
llorando las nostalgias de ser bueno?

¡Bajo tu paz, olvido este terreno
y efímero dolor en que me abraso,
y ser quisiera como un santo vaso
para encerrar tus luces en mi seno!

¡Viertes sobre el penar, como un bendito
 olvido; y cuando tu celeste calma
 en el humano corazón destellas,

parece que, fragante de infinito,
 la voz de Dios desciende á nuestra alma,
 desde el silencio azul de las estrellas!

LA CUESTA DE LOS MUERTOS

Entre setos y cármenes desiertos
 y escombros de ruinosos murallones;
 entre alamedas y entre torreones
 de hiedras y de muérdagos cubiertos,

mientras sobre el perfume de los huertos
 vuela el Arcángel de las Oraciones,
 asciende, en angustiosas contorsiones,
 la silenciosa Cuesta de los Muertos.

Y en esta noche plácida de Junio,
bajo la claridad del plenilunio
que el panorama con su plata alegre,

su silueta rampante, siempre oscura,
tiene el horror de una serpiente negra
que escapa de una vieja sepultura.

EL ÉXTASIS DE LA AURORA

Vagan por el jardín las sombras bellas
de otros tiempos... Deshojan los rosales
un suspirar de besos musicales
y un rumor de románticas querellas.

Lanzan vivos reflejos de centellas
los ojos tras los blancos almaizales;
y de la clara alberca en los cristales
parpadean insomnes las estrellas...

¡Todo, blanco jardín, está encantadol...
Y para contemplar tus maravillas,
tras los cipreses, trémula de frío,

envuelta en su almaizal azul-rosado,
se levanta la aurora de puntillas,
perlados los cabellos de rocío!

RAYO DE LUNA

Bajo el silencio de las enramadas,
el viejo mármol de los arcos sueña
con blancas desnudeces enterradas
en remotos olvidos... ¿Qué sedeña

túnica va á rasgarse?... ¿Qué olvidadas
sombras vuelven á verse en la pequeña
claridad de las fuentes encantadas?...
¿Qué antiguo amor del corazón se adueña?

Se abre una rosa para hablar... Y toma
desperezos de algo que despierta
el verde oscuro del jardín umbrío,

mientras con timidez, la Luna, asoma
sus palideces de sultana muerta
por la oquedad de un ajimez vacío!

COLLARES DE LÁGRIMAS